

# El mercado de loterías en España en perspectiva histórica

Roberto Garvía

*Universidad Carlos III de Madrid*

Según datos de la Comisión Nacional del Juego, en 2005 los españoles se gastaron 28,3 miles de millones de euros en juegos de azar. Esto supone un consumo per capita de 642 euros. Un 60% de esta cantidad corresponde a los juegos privados (tragaperras, casinos y bingos), otro 33% a loterías públicas y un 7% a los juegos de la ONCE. En este apartado se va a comentar la evolución histórica del sector de las loterías, el más tradicional de esta industria.

**S**i comparamos el sector de las loterías españolas con el de otros países, podemos observar diferencias muy claras. En primer lugar, los españoles tienen una preferencia muy especial a jugar en peñas o “en compañía” como se decía antes; esto es, a compartir una apuesta o comprar una participación. En segundo lugar, y más importante, España es, desde las últimas décadas del siglo XIX el país con mayor consumo de loterías en el mundo, al menos hasta 1995. Y en tercer lugar, si en todos los países del mundo los ingresos que obtiene el Estado del consumo de loterías se concentran entre los que tienen menos rentas, en España no ocurre así, al menos en Navidad. Por decirlo en otras palabras, la lotería de Navidad no es una lotería regresiva sino proporcional: compran lotería ricos y pobres, y la compran en proporción a sus rentas. Es muy posible que estas tres características no coincidan casualmente, sino que estén relacionadas entre sí.

La primera Lotería Primitiva llegó a España con Carlos III. Este rey ya conocía perfectamente su funcionamiento en su etapa anterior como rey de Nápoles. Al aceptar la corona española se trajo con él al director y empleados de la lotería de su antiguo reino para implantarla en España. Al igual que la Lotería Primitiva actual, la primera lotería española, también llamada “Lotería Primitiva”, era una lotería activa, donde el jugador podía elegir los números de su apuesta, pero al contrario que la actual, aquella no repartía sus premios en proporción al dinero recaudado, sino que los premios eran fijos. Si el jugador acertaba dos números, por ejemplo, recibía el dinero apostado multiplicado por 220, pero al contrario que otras loterías semejantes que operaban en toda Europa, la primera Lotería Primitiva española no ponía límites al dinero que los jugadores podían apostar, de modo que el Estado no siempre ganaba. Esta lotería se liquidó bruscamente en 1862, cuando algunos jugadores concentraron apuestas desorbitadas en pocos números. En caso de ganar, el Estado debía pagar a estos jugadores una canti-

dad semejante a lo que obtuvo el año anterior con la emisión de deuda pública. Ante esta posibilidad, aunque remota, el Estado decidió anular el sorteo y liquidar definitivamente esta lotería.

“ Los españoles tienen una preferencia muy especial a jugar “en compañía” esto es, a compartir una apuesta o comprar una participación ”

Quedaba la Lotería Nacional. Esta segunda lotería nació en Cádiz durante la guerra de la independencia. Su antecedente es una lotería muy semejante que ya operaba en México desde finales del siglo XVIII. De hecho, entre sus promotores se encontraban funcionarios anteriormente destinados en México, y encargados de supervisar aquella lotería. La Lotería Nacional se llamó así porque era una lotería patriótica, un recurso excepcional de la nación que se había levantado en armas contra las tropas de Napoleón. Según el régimen político esta lotería cambiaba de nombre. Cuando gobernaban los liberales conservaba su nombre original, y cuando lo hacían los absolutistas pasaba a llamarse “Lotería Moderna”. En cualquier caso, de ser un recurso excepcional, pasó a ser un recurso ordinario del Estado. La Lotería Nacional es una lotería pasiva: el jugador no elige sus números sino que compra un billete con el número ya impreso. Existían otras loterías pasivas en la Europa del siglo XIX, pero eran muy distintas a nuestra Lotería Nacional. En otros países europeos las loterías

as pasivas eran loterías combinadas o de sorteos sucesivos, en donde el jugador que no había tenido suerte en un sorteo podía renovar su billete para el siguiente sorteo, y así sucesivamente hasta el último sorteo, para el que se reservaba el premio gordo. Este sistema de loterías encadenadas enganchara al jugador, pues se le hacía muy difícil tomar la decisión de abandonar su número y comprar la lotería del país vecino en lugar de seguir jugándolo hasta el último sorteo. En el Cádiz cercado por las tropas de Napoleón no tenía mucho sentido instaurar una lotería tan complicada, por lo que se optó por el modelo de una lotería de sorteo único.

En los años en los que estas dos loterías coexistieron (1812-1862) se segmentó el mercado: mientras que los relativamente ricos compraban la Lotería Nacional, los estratos más humildes jugaban a la Lotería Primitiva, mucho más barata. Al suprimirse la Lotería Primitiva se crearon nuevos sorteos más baratos de la Lotería Nacional, a fin de atraer a los antiguos jugadores de la Lotería Primitiva. Aún así, un décimo de los nuevos sorteos baratos de la Lotería Nacional costaba cuatro veces más que el mínimo de apuesta en la Lotería Primitiva, pero a pesar de este encarecimiento las ventas no disminuían,

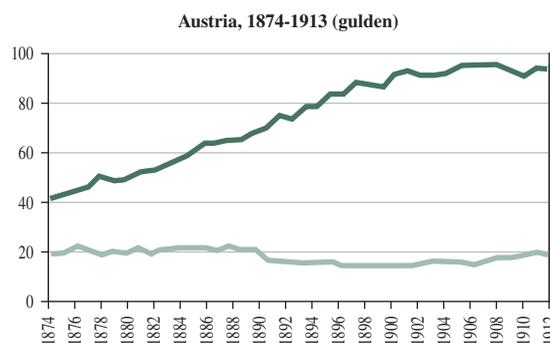
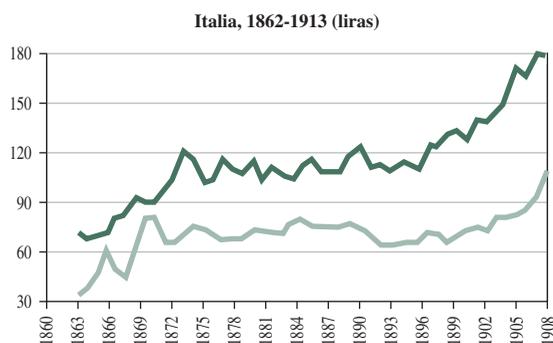
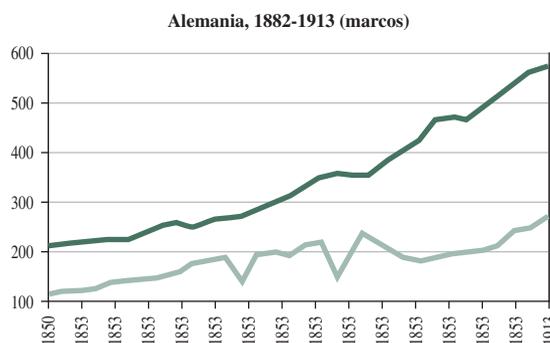
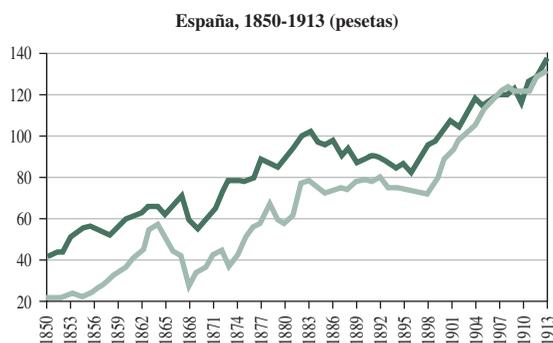
sino que incluso aumentaron. ¿Cómo se puede explicar esto?

La explicación se encuentra en *El Enano*, un semanario de la época dedicado a toros y loterías. Tal como se refleja en las noticias de los ganadores (una muestra aleatoria de los jugadores), lo que ocurrió es que muchos antiguos aficionados a la Lotería Primitiva empezaron a jugar “en compañía”, como se decía entonces; esto es a compartir décimos de lotería. Así, por ejemplo, los diez décimos del billete premiado del sorteo del 12 de Marzo de 1863 se vendieron de la siguiente manera:

*“tres décimos a un caballero de posición regular, dos entre varios amigos que jugaban constantemente en compañía, uno entre una compañía casual de quince personas, otro a un chico esterero de unos diez y seis años, otro entre tres sujetos, otro en uno solo, y el otro al parecer entre personas necesitadas”*

Las noticias que aparecen en *El Enano* permiten crear un índice y evaluar el crecimiento de la compra en compañía. Así, mientras que en los tres años anteriores a la desaparición

**GRÁFICO 1. PIBA ESCALA 1/100 Y VENTAS DE LOTERÍA EN ESPAÑA, ALEMANIA, ITALIA Y AUSTRIA 1850-1913 (EN MILLONES, MONEDAS NACIONALES).**



ción de la Lotería Primitiva había una media de 1,3 jugadores por décimo premiado, en 1862 eran 2,7 jugadores, y el año siguiente esta media alcanzó 4,8 jugadores por décimo.

Lo que empezó siendo una estrategia adaptativa emprendida por los sectores más humildes de la población terminó extendiéndose a finales del siglo XIX entre todos los sectores sociales. Tenemos muchos ejemplos de este fenómeno en la prensa de la época, pero también en la literatura, lo que muestra la popularidad de esta práctica social. Así ocurre en la novela *Fortunata y Jacinta*, de Pérez Galdós. Don Baldomero, el patriarca de la familia Santa Cruz era un hombre de recursos económicos, que muy bien podía jugar sólo, pero antes que hacerlo así, prefería jugar en compañía y repartir su suerte entre sus empleados, amigos de tertulia, servicio doméstico y familiares. Otro ejemplo de la popularidad de las participaciones lo tenemos en Unamuno; en el sorteo de Navidad de 1924 el jefe de Registro de la Propiedad de Salamanca compró y repartió un billete entre sus empleados, ofreciendo una participación a cada uno según su rango en la oficina. Uno de los empleados de menor rango compró la suya por 10 pesetas. Como esto suponía un gasto excesivo para él, ofreció la mitad a la mujer de Unamuno, que cuidaba de su suegra. Con el dinero del premio, la mujer y las hijas de Unamuno pudieron comprar los billetes de tren a París, y visitar allí al filósofo en su exilio.

Si en España compartir un décimo de lotería era algo relativamente usual, especialmente en Navidad, en otros países no lo era tanto. La razón es simple de entender. La compra en compañía depende de la confianza interpersonal, de modo que siendo posible jugar sólo siempre es mejor hacerlo así que en compañía, donde hay un riesgo de engaño. En Austria e Italia, donde todavía se jugaba a la antigua versión de la Lotería Primitiva el precio de la apuesta era tan pequeño que no merecía la pena aunar esfuerzos y formar una compañía. Al contrario, en países de centro Europa los billetes de lote-

ría eran tan caros que surgió un mercado ilegal de participaciones que permitían jugar individualmente a todo el que quisiera, por pequeña que fuera la cantidad que pudiera invertir. En España, por el contrario el precio del décimo no era lo suficientemente pequeño como para que pudiera jugar todo el mundo, ni tampoco lo suficientemente caro para que emergiera un mercado ilegal de participaciones. En esta tesitura, lo que empezaron a hacer los españoles fue confiar unos en otros y formar compañías.

Este fenómeno posiblemente explica por qué a diferencia de otros países en donde el crecimiento económico iba asociado a una pérdida de interés por la lotería, en España ocurría exactamente lo contrario, como muestra el Gráfico 1: cuanto más se enriquecía el país más lotería se consumía. Esta tendencia se mantuvo durante todo el siglo XX, (ver el Gráfico 2), de tal forma que si en el siglo XIX el consumo de lotería representaba un poco más del 1% del PIB, en 1987 alcanzó un pico de un 2%, y esto a pesar de la aprobación diez años antes de la Ley del Juego que supuso la entrada de bingos, casinos y las que popularmente se llaman “máquinas tragaperras” en el mercado.

“A aquel que empezó a jugar con un grupo de amigos le puede resultar difícil dejar de hacerlo, pues siempre cabe la posibilidad de que toque justo cuando uno ha dejado la peña”

Existe alguna evidencia que sugiere que esta predisposición tan particular de los españoles a gastarse el dinero en lotería (una conducta, por lo demás, insensata o irracional desde las premisas básicas de la teoría económica), puede explicarse por la forma tan extendida en este país de jugar a la lotería: compartiendo la apuesta con amigos, familiares o compañeros de trabajo. En comparación con el juego individual, esta forma de jugar a la lotería incentiva el consumo de varias maneras. A aquel que empezó a jugar con un grupo de amigos le puede resultar difícil dejar de hacerlo, pues siempre cabe la posibilidad de que toque justo cuando uno ha dejado la peña. También, las peñas facilitan el consumo al multiplicar los “puestos de venta”, algo fundamental para un consumo de tipo impulsivo como es el de la lotería. Más importante, jugar con amigos o compañeros de trabajo puede convertirse en una forma de integrarse en un grupo, como muestra muy bien el siguiente diálogo entre dos miembros de un grupo de discusión, y parte de una investigación cualitativa más amplia:

**GRÁFICO 2. PORCENTAJE DE VENTAS DE LOTERÍA EN PROPORCIÓN AL PIB. ESPAÑA 1850-2000**





- *Es que yo tengo la excusa de las cañas para echar la Quiniela.*  
 – *Al revés tienes la excusa de la Quiniela para las cañas [Risas].*

Datos de encuesta indican que uno de cada tres españoles juega en una peña al menos una vez al mes<sup>1</sup>. En Navidad, la compra en compañía, en forma de venta de participaciones se dispara. En concreto, en Navidad, el 75% de la población española juega en compañía con amigos, familiares o compañeros de trabajo. El impacto económico de esta costumbre sólo se puede evaluar tomando en cuenta la medida en que esta forma de jugar en grupo es un sustituto del juego individual. Si es un bien sustitutivo, el impacto del juego en compañía, por muy extendido que esté, es nulo, pero si no lo es, esto es, si aquellos que juegan en grupo dejaran de jugar a la lotería si el grupo se disolviera, entonces el juego en compañía tiene un impacto directo y positivo sobre el consumo. Datos de encuesta muestran que un 49% de los que juegan en compañía dejarían de hacerlo o gastarían meno si el grupo se disolviera, lo que muestra que para muchos jugadores jugar en compañía tiene valor por sí mismo, y no es un mero sustituto del juego individual. Traducido en términos económicos, el juego en compañía no sustitutivo explica entre un 20 y un 25% del

gasto total en loterías en España. Por decirlo de otra manera: jugar a la lotería en España es tanto una inversión económica como en sociabilidad, lo que quizá explica las cifras tan de consumo que tradicionalmente se vienen observando en esta país.

Esta preferencia de jugar con amigos, compañeros de trabajo o familiares, que se expresa de la forma más notable en Navidad, tiene, por último, un efecto inmediato sobre la distribución del gasto. Muchos que a lo largo del año no juegan a la lotería lo hacen en Navidad. Y en comparación con los jugadores habituales, los que sólo juegan en Navidad son personas de nivel económico relativamente superior. Estas personas, por lo demás, no juegan en Navidad para probar su suerte, sino para compartirla con otras personas: esto es, compran y se reparten participaciones con amigos, familiares o compañeros. El efecto de todo ello es que la lotería de Navidad termina siendo una lotería proporcional, esto es, una lotería donde ricos y pobres compran lotería en proporción directa a su nivel de rentas. La lotería española de Navidad es, por ahora, la única en el mundo que tiene esta característica, pues todas las demás loterías sobre las hay datos disponibles son regresivas.

### Para saber más...

Garvía, Roberto. 2007. Las loterías. Un estudio desde la sociología económica. Próxima publicación del Centro de Investigaciones Sociológicas.

<sup>1</sup> Los datos de encuesta referidos, así como la cita anterior de un grupo de discusión proceden de una investigación en curso ubicada en el Instituto de Investigación Laureano Figuerola de la Universidad Carlos III de Madrid, y subvencionada por LAE y STL.